

LA REPRESENTACIÓN SOCIAL AGRARIA DE VENEZUELA EN LA LÍRICA NACIONAL (1830-1870)

Marco Aurelio Ramírez Vivas⁶

Recibido: 03/09/2015 Revisado: 08/10/2015 Aceptado: 22/10/2015

RESUMEN

Este artículo trata sobre la representación social agraria de la Venezuela del siglo XIX, específicamente en la lírica nacional, entre 1830 y 1870. Dicha representación, sin embargo, se origina en la época prehispánica de nuestra tierra; comienza a conformarse durante la Colonia; se replantea en la Gran Colombia; y se consolida en los primeros cuarenta años de la nación venezolana. Para ello esta exposición versará sucesivamente sobre *el agua* como símbolo del mundo indígena caribeño-amazónico; la visión paradisíaca y la feracidad de Tierra Firme; Colombia y el proyecto agrario bellista; y la representación social agraria en la poesía agraria nacional (1830-1870).

Palabras claves: representación social agraria venezolana, imaginario agrario, proyecto agrario bellista, lírica venezolana del siglo XIX.

THE SOCIAL AGRARIAN REPRESENTATION OF VENEZUELA IN THE NATIONAL LYRIC (1830-1870)

ABSTRACT

This article deals with the social agrarian representation of nineteenth-century Venezuela, specifically in the national lyric, between 1830 and 1870. This representation, however, originates in the pre-Hispanic period of our land; begins to conform during the Colony; is reconsidered in the Gran Colombia; and is consolidated in the first forty years of the Venezuelan nation. For this purpose, this exhibition will deal successively with *Water* as a symbol of the Caribbean-Amazonian indigenous world; the paradisiacal vision and the feracity of Tierra Firme; Colombia and the bellista agrarian project; and social agrarian representation in national agrarian poetry (1830-1870).

⁶ Lic. en Literatura Hispanoamericana (ULA-Mérida-Venezuela), Magíster en Literatura Iberoamericana (ULA-Mérida-Venezuela), y Candidato a Doctor por el Doctorado en Ciencias Humanas (ULA-Mérida-Venezuela). Profesor de Literatura Española I (hasta 2012), y Literatura Española II (hasta 2006); y, en la actualidad, profesor de Literatura Venezolana I, en el Departamento de Literatura de la Facultad de Humanidades y Educación de la ULA.

Keywords: social agrarian venezuelan representation, agricultural imaginary, Bellista agrarian project, Venezuelan poetry of the nineteenth century.

El imaginario teje una red de sentidos profundos que subyace en el inconsciente social. Ese imaginario conforma un *magma*, según Cornelius Castoriadis, irracional, inagotable que emerge inesperadamente, siendo además contradictorio y conflictivo (1983; 1989). Existe, *grosso modo*, los imaginarios social, político, religioso, cultural, económico, etc. Aquí abordaremos el imaginario agrario de la Venezuela del siglo XIX. No obstante, el imaginario lo concretiza un sujeto mediante una representación social en una época. Por tanto, una será la representación social agraria venezolana de la centuria antepasada, y otra, la representación social agraria de otros pueblos agrícolas como, por ejemplo, el inca o el maya-quiché.⁷

La Venezuela decimonónica es una República agraria, cuya representación social agrícola hunde en parte sus raíces en la época prehispánica; y luego se conforma en la Colonia una dimensión imaginaria impulsada en el giro de la implantación del modelo europeo, surgida ésta del fracaso de la búsqueda de *El Dorado* y la emergencia de un trabajo agrario vinculado a la siembra del cacao, algodón y añil; sufriendo un embate casi letal en la guerra de Independencia; replanteándose durante La Gran Colombia; y consolidándose en los 40 años iniciales de la nación venezolana. En esta disertación veremos el aporte de la poesía nacional decimonónica para edificar esa representación social. Para ello, esta exposición se dividirá en: 1) el agua como símbolo del mundo indígena caribeño-amazónico; 2) el sentido paradisiaco y la feracidad de la Tierra Firme; 3) Colombia y el proyecto agrario bellista; 4) la poesía agraria nacional (1830-1870), como expresión que consolida esa representación social agraria. A continuación, veamos cada uno de esos acápites.

1) El agua como símbolo ancestral del mundo indígena caribeño-amazónico:

La diversidad social, religiosa, cultural y lingüística de nuestros aborígenes, amén de su fusión con el paisaje, dificulta estudiar su imaginario, plasmado en la significación que para nuestros nativos ofrecía el tepuy, el río, la selva, la sabana, el petroglifo, el bohío, el tejido, la cerámica, el adorno, la bebida y comida, el nicho funerario, el arco y la flecha, la macana y la tradición oral. Pueblos recolectores, cazadores y guerreros que vivían en nomadismo incansable. En ese imaginario caribeño-amazónico resalta como imagen total: *el agua*; de cuyo seno afloran tres sentidos simbólicos: a) el agua como una energía cosmogónica, b) como red dinamizadora del trasiego vital de esas tribus, y c) como retorno al Edén prehispánico. Del agua, como *magma* emerge el universo, la Orinoquia y el pueblo indígena. El agua, cuyo dios, Amalivacá, simboliza también al río; cuyos ejemplos de la región son el Orinoco, el Caroní, el Arauca, el Apure y el Río Negro. El agua representa asimismo a esa maraña de riachuelos y caños que irrigan la Orinoquia; cuya red fluvial era, y lo es todavía, el centro y la irradiación vivencial de las etnias ancestrales. Finalmente, el agua alude a ese río que se formará prodigiosamente cuando el dios Amalivacá regrese a vivir con los aborígenes. Río celestial cuya subida se efectuaría con el descanso que se obtiene al bajar sus aguas; cuyo cauce accedería al Edén indígena en la cima de los tepuyes. Así, para el aborígen caribeño-amazónico, *el agua/mar* posee un sentido de origen, hábitat y unión telúrica con el paisaje; *el agua/río*, su identidad nómada, recolectora y guerrera; *el agua/lluvia*, la que traza el verano o invierno, y nutre a

⁷ Agradezco al profesor Luis Alfonso Rodríguez (Facultad de Arte de la Universidad de Los Andes) que me hizo comprender la distinción, relación e interacción entre imaginario, sujeto social y representación social. Huelga decir que cualquier error en el empleo de esta concepción es exclusivamente de mi persona. Igualmente, expreso mi agradecimiento al profesor Luis Manuel Cuevas Quintero (Escuela de Historia de la Universidad de Los Andes) por sus correcciones de contenido y estilo a esta disertación.

árboles de frutos silvestres para el sustento; y *el agua/celeste*, que resarcirá las fatigas que conlleva la vida terrenal. El agua, como veremos después, es el elemento basal más profundo del imaginario agrario.

2) El sentido paradisiaco y la feracidad de la Tierra Firme:

Cuando Cristóbal Colón arriba a Costa Firme en 1498, pensó llegar al Paraíso, al verse impactado por la hermosura de su paisaje. “Tierra de Gracia” cuya centralidad simbólica la acapara el Orinoco, creación del mítico Amalivacá. Sin embargo, ese icono edénico, ideado por el Navegante genovés, obedece también a tres propósitos, con el fin de persuadir a los Reyes Católicos sobre lo viable y rentable de su empresa. El primero, es que comprendan que esa bella región ensancharía el dominio castellano-aragonés; el segundo, convencerles de que la riqueza aurífera-perlera de la zona engrosaría sus arcas; y el tercero, que vieran que en esos predios viven gentiles urgidos de cristianización. Colón, sin proponérselo, instauraría *la exuberancia* como imagen *leitmotiv* de la Tierra Firme (Rodríguez Carucci, 2001).

Años después, Carlos V, para coronarse emperador, contrae deuda cuantiosa con los Welser. Para sufragar esa acreencia, el monarca concedió la provincia de Venezuela a los banqueros alemanes, para que sustrajeran oro de su territorio; que se creía en gran cantidad. Durante unos 18 años, los emisarios de esos prestamistas vinieron a la región: Ambrosio Alfinger, Nicolás de Federmann, Jorge Spira y Felipe Von Hutten. En esa época, se articula el mito de *El Dorado*; secuela del encuentro entre la ambición europea y la ingenuidad indígena. Imaginación, fantasía y delirio se funden para forjar el sueño febril de una riqueza súbita y fácil. El Nuevo Mundo, para la mentalidad mercantilista del viejo continente, era el emporio del oro, de la plata, piedras preciosas y perlas; que permitiría el lujo, desenfreno y boato de las cortes europeas. Se cristaliza así la imagen de *la fastuosidad* de la Tierra Firme: la visión de una región que propicia una fortuna pródiga e inesperada; urdida por las fuerzas aleatorias del destino.

Con el ajusticiamiento de Felipe Von Hutten en 1546, adviene paulatinamente una provincia agropecuaria. Durante la segunda mitad del siglo XVI y en el XVII, se fundan ciudades y villas, se implanta el régimen de Encomiendas, se trae mano de obra esclava, se ganan tierras para sembrar el cacao, la caña de azúcar, el algodón y el añil, para exportarlos a la Península. Se comercia además con la sal (*el oro blanco*), el cuero del ganado vacuno y las maderas (cedro, dividivi, etc.). La Provincia de Venezuela, al concienciarse de la carencia de oro y perlas, se enrumba hacia la producción agrícola y pecuaria.

En 1723, sale de las galeras madrileñas la *Historia de la conquista y población de la Provincia de Venezuela* de José de Oviedo y Baños, vecino de Caracas, administrador de haciendas, nacido en Santa Fe de Bogotá y venido del virreinato del Perú. Obra para los jóvenes criollos que, siendo herederos de las haciendas, añoraban *El Dorado*. Más que rememorar el pasado colonial reciente, esta *Historia...* comunica entre líneas un proyecto agropecuario promisorio, a ser liderado por los criollos bajo la tutela de la Corona. Para ello, Oviedo recuerda *la exuberancia* de la Provincia, convalidando la mirada paradisiaca de Colón. Destaca a los conquistadores como vencedores de los nativos y la supremacía política de la Península sobre la Entidad colonial. Recrimina a los emisarios de los Welser por deslumbrarse con *El Dorado*; trayendo consigo miseria, devastación y muerte a esta región. Legitima luego a los criollos, descendientes de los conquistadores, como los productores de la riqueza agropecuaria de Tierra Firme. Deja sentada la imposibilidad de que españoles rebeldes a la Corona (caso: Tirano Aguirre); negros, sublevados o sumisos a sus amos; y pardos, aunque súbditos a España, lideren la Provincia. Por último, destaca que esta

región indiana posee una tierra de feraz, gracias a la irrigación de sus aguas puras y abundantes. Por ende, una región con gran potencial para la agricultura y la ganadería. *La fecundidad* de la Provincia se superpone como una imagen simbólica. Los siguientes años serán el esplendor de la Venezuela cacaotera. Los galeones, cargados con oro y plata, van desapareciendo del Mar Caribe. La Corona obtiene unas ganancias exorbitantes gracias al *oro verde* de la Capitanía General; por la mediación comercial primero de la Compañía Guipuzcoana, luego de la Intendencia de Caracas (Oviedo y Baños, 1967; Ramírez, 2003, pp. 221-241). En tal sentido, Joseph Gumilla, misionero y provincial jesuita, a mediados del siglo XVIII se percata de la importancia del suelo para la producción agrícola y termina metaforizando la riqueza de la ciudad imaginaria de *El Dorado* por la riqueza del suelo que se reparte en la bondad de la tierra y el clima y la presencia de minas (Cuevas Quintero, 2012).

En el ocaso del siglo XVIII y albor del XIX, en la América indiana se escriben unos poemas que reflejan la crisis colonial. En la Capitanía General, el joven Andrés Bello da a conocer dos piezas líricas: “Oda al Anauco” y “Mis deseos”, que traslucen su amor visceral por *el terruño patrio* o *el lar nativo*; planteando, por un lado, que los criollos se sentían más americanos que súbditos del Rey; y destacando, por el otro, la *afectividad* del campesino por la tierra que cultiva (Ramírez, 2010, pp. 63-83).

En 1810, se edita el *Resumen de la Historia de Venezuela*, inserto en el prospecto: el *Calendario para forasteros...*, que redactó Andrés Bello como funcionario colonial (1981b). La obra, como su nombre lo indica, relata sucintamente los sucesos de Tierra Firme, desde el arribo de Colon al Oriente venezolano hasta el primer decenio del siglo XIX. En el *Resumen...*, sobresale el aspecto económico de la Venezuela cacaotera. Se predica en esa obra el anti-mercantilismo, un cambio de mentalidad que favorezca la conciencia agraria, que supone un trabajo arduo y honrado. Se plantea la propiedad privada de la tierra, como la base legal del agro mantuano. Se exhorta a sembrar el cacao, por ser el rubro más demandado; a incrementar el cultivo de la caña de azúcar, el algodón, el añil y el tabaco; y fortalecer la extracción maderera y exportar el cuero del ganado vacuno. Se insta a la mejora de las vías agrarias y la infraestructura portuaria para facilitar la exportación. Se recomienda fijar unos aranceles que impidan el contrabando y alienten la producción. Se aboga por el comercio libre y, en último término, por la conquista de nuevos mercados.

Se desencadena la Independencia: el agro y la ganadería sufren una debacle de gran proporción. Para alimentar a las tropas se devasta el campo y se depreda el ganado. Cuando finaliza la guerra, el campo está desolado y su economía agraria casi extinta. Sin embargo, como veremos después, la Emancipación se realizó para crear un Estado hispanoamericano de corte agrario.

3) Colombia y el proyecto agrario bellista:

En la *Alocución a la Poesía* (1823), se canta la épica americana, poniendo de relieve la belleza de su paisaje, vertebrada por los Andes, la fertilidad de la región y la instauración de un régimen político libertario, justo e igualitario. La hermosura singular, el vigor juvenil y la novel realidad geopolítica difieren de Europa; que mostraba una senectud histórica, política y cultural. Bello revive en la silva la América exuberante, refrenda la óptica paradisiaca colombina y de los cronistas, pero resignificándola como un paisaje de belleza original, un Nuevo Mundo a ser recreado científica, económica, cultural y políticamente. Tierra indiana cuyo norte económico es el agro, debido a *la fecundidad* de sus suelos (*vv.* 189-206):

Tiempo vendrá cuando de ti inspirado

algún Marón americano, ¡oh diosa
también las mieses, los rebaños cante,
el rico suelo al hombre avasallado,
y las dádivas mil con que la zona
de Febo amada al labrador corona;
donde cándida miel llevan las cañas,
y animado carmín la tuna cría,
donde tremola el algodón su nieve,
y el ananás sazona su ambrosía;
de sus racimos la variada copia
rinde el palmar, da azucarados globos
el zapotillo, su manteca ofrece
la verde palta, da el añil su tinta,
bajo su dulce carga desfallece
el banano, el café el aroma acendra
de sus albos jazmines, y el cacao
cuaja en urnas de púrpura su almendra. (Bello, 1981 a)

Bello edita luego *La agricultura de la zona tórrida* en 1826. Las batallas de Junín y Ayacucho sellaron la Independencia americana, en 1824. Era, según la voz poética, hora de entronizar el *laurel* en el altar de la patria para asumir la *oliva*: consignar en la memoria la épica libertaria para ser venerada, para fomentar la agricultura en tiempos de paz política. La fertilidad de la América equinoccial pasa a un primer plano, destacando ahora al sol tropical, con su luz engendradora (vv. 1-17):

¡Salve, fecunda zona
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, ¡cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!
(.....) (Bello, 1981 a)

Ese sol (imagen masculina) hace germinar a la región meridional (imagen femenina). La representación social agraria de la silva, desde esa eclosión solar fecundizante, presenta una organicidad y jerarquía de sentidos, cuyos estratos: afectivo, moral, económico, religioso y político, se despliegan al unísono y en armonía, como lo postula el progreso moderno.

Representación social agraria de *La agricultura...* que será concretada por los descendientes de los libertadores, al implementar ellos: el amor por *el terruño patrio*, la praxis de una moral exigente, el cultivo agrario, la alianza con el Dios providente, e institucionalizar la República. Veamos a continuación cada uno de esos aspectos:

a) El amor por *el lar nativo o terruño patrio*: se refrenda esa pertenencia telúrica a la tierra americana pero, ya no sólo para los criollos, sino para los campesinos herederos de los libertadores; es decir, los pardos. Aún estaban excluidos los negros, cuyo estatus esclavista no se había abolido.

b) La práctica de una moral rigurosa: Bello postula cumplir con normas morales férreas, únicamente posible, según él, en el campo. Sin honradez y trabajo no ha de crearse el nuevo hombre americano: un ser virtuoso que construya la República agraria. El campo es el *locus* de la virtud, la ciudad, en cambio, el espacio del vicio. Pero esa urbe corrupta es Londres, la que suscribe la Revolución Industrial; generadora de la miseria social, que enriquece únicamente a los dueños de las fábricas (Rivas Aguilar, sf.).

c) El cultivo de la tierra: la agricultura, según la silva, crea una riqueza multiplicadora, que produce un valor agregado en el tiempo, como proponían los fisiócratas europeos; cuya prueba fehaciente en el trópico americano era la producción

del cacao en el siglo XVIII. Pero, el Estado republicano protege y fomenta más el agro; permite conquistar nuevos mercados, propicia el comercio libre y genera una riqueza estable, fruto del trabajo honrado y perseverante.

d) Alianza del campesino con la Providencia: primero, Bello sabía que un pueblo, luego de una guerra, por sublimes que sean sus ideales, arrastrará heridas que le impedirán construir un futuro mejor. Por ello, debían curarse esas lesiones del alma social. Esa sanación, no obstante, solo la efectuará Dios. Si esa curación se realiza, se implantará la paz política, se alentará la agricultura, y se impedirá el caudillismo. Apelando a Isaías, la voz poética de *La agricultura...* plantea que Dios insta a que el metal de las armas se emplee para fabricar herramientas agrícolas; que los recursos bélicos sean invertidos en la siembra de los campos. Por otra parte, el campesino colocará su trabajo para cultivar la tierra, confiando en que la Providencia protegerá sus cultivos de la inundación, la sequía, las plagas y el cambio climático inusitado. Sin el concurso divino, predica la silva, no hay desarrollo agrario.

e) Institucionalización del Estado: según la silva, debe organizarse política, jurídica, moral, religiosa y económicamente la República, para fomentar la paz, la igualdad civil, la ética, la piedad y la agricultura. Es decir, implementar y perfeccionar continuamente sus instituciones republicanas.

El programa bellista sistematiza los elementos de la representación social agraria de la Venezuela del siglo XIX. Primero, los telúricos: *la exuberancia y fecundidad* del paisaje, añadiendo, desde su talante campesino y su formación enciclopedista, al *sol* con su luz germinadora. No es casual que sociedades prehispánicas agrarias como la inca o la maya-quiche veían al sol como su deidad suprema. Por otra parte, el programa bellista requiere de otros elementos (afectivo, político, moral, económico y religioso), que apuntalarán esa representación social.

4) La poesía agraria nacional (1830 y 1870), como expresión que consolida la representación social agrícola de la Venezuela decimonona:

La agricultura es un tema crucial para nuestra lírica, en los 40 primeros años del país. El primer rasgo de esa poesía agraria es la aceptación tácita del programa de *La agricultura de la zona tórrida*. Desde el proyecto bellista, enmarcó lo agrícola en la realidad nacional; se propuso además el exhorto a institucionalizar la nación; a destacar a la familia campesina como núcleo social de la nación; y a alertar sobre el peligro que representaba el caudillo como el enemigo del joven Estado. Para ampliar esos aspectos, revisemos algunos poemas de esa tradición poética.

a) El Hogar campestre” de José Antonio Maitín (1851, pp. 32-35):

En “El Hogar campestre” de José Antonio Maitín, la voz poética declara primero su amor por la tierra campesina, donde residen familiares y amigos, donde el poeta ha vivido los embates y placeres de la vida. Luego, coloca al campo en supremacía ética, política y espiritual con respecto a la ciudad; en la cual se incuba el vicio y la mentira. El campo se representa como un lugar idílico-religioso, en cuya imagen se funden el *beatus ille* (la vida retirada) y el *locus amoenus* (el paisaje como ámbito de felicidad), para articular un paraíso. La afectividad familiar, una moral férrea y el paisaje edénico se subrayan en el poema. Asimismo, la campesina bella, rústica y pura simboliza a la naciente República, que se abre a un futuro agrario esperanzador. Después, eludiendo por un instante su mirada agrícola, el yo lírico expresa su admiración por la

hermosura (*exuberancia*) del paisaje nacional. En el *éxplícit*, aparece el jilguero⁸ como metáfora de la libertad política. Finalmente, se denuncia al caudillo como un manipulador de la ley, héroe fingido, falso repúblico, y el responsable de que el campesino se vea envuelto en la guerra civil.

b) “A la zona tórrida” de Fermín Toro (Rojas, 1975, pp. 477-479):

En “A la zona tórrida” de Fermín Toro, por su parte, se amplía el sentido de la luz de *La agricultura...* cumpliendo, desde el bellismo, otras funciones semánticas. La luz solar, en esta composición, en el marco de una aurora deslumbrante y majestuosa, disuelve las tinieblas de la noche para desvelar la belleza (*exuberancia*) de la región venezolana. Al paisaje cordillerano-caribeño lo bañan rayos solares que encandilan y enciegan con su albura intensa. Pero esa luz blanquísima cumple con un cometido significativo peculiar: descubre, desde su hermoso trasfondo telúrico, un singular paisaje geopolítico: la fenecida Colombia (“del undoso Orinoco al Chimborazo”), que se erige en un modelo republicano a seguir por la joven Venezuela. Esa Colombia modélica la mirará con alegría y esperanza “el ángel contristado del Paraíso”, porque conlleva un nuevo Edén republicano, mejor que el Estado moderno francés; conculcado tempranamente por el sueño imperial de Napoleón Bonaparte.

c) “El Campo” de Amenodoro Urdaneta (Rojas, 1975, pp. 569-574):

En “El Campo” de Amenodoro Urdaneta se consolida la representación social agraria de la Venezuela decimonona, porque ahonda cada uno de los símbolos vistos en las obras literarias precedentes. Desde el inicio del poema, al campo se le califica como “albergue feliz” (*locus amoenus*), “mansión de amor” (*la afectividad* del campesino por *el terruño patrio*), paisaje hermoso (*exuberancia* del entorno natural), y fértil suelo (*la fecundidad*). Luego, el emisor lírico, apelando a una moral rigurosa, opone el campo a la “diosa Fortuna”. En esa antinomia, el campo destaca por sus rasgos positivos: lugar ameno, hermoso, feraz, de aguas puras, florido, silencioso y fuente de paz espiritual. La “diosa Fortuna” en cambio descuella por su negatividad. Primero, se describe a la diosa como “falsa opulencia”, “veneno letal” y “arte fabricado”; segundo, se perfila el ámbito de la deidad: “mundo fementido”, hábitat de “amigos falsos” y del “poderoso opulento”; donde reina el “falaz murmullo”, la “doble amistad” y la ambición; y tercero, se delata a la perfidia y los contravalores de ese “mundo fementido” que apellida “...verdad a la mentira...”, que “...infama al justo, premia al deshonor y ciega / por vencedor aclama al que al oro se vende...”

⁸ El Jilguero es un ave muy pequeña “...de poco más de diez centímetros de longitud. Es de especial atractivo no solo por su plumaje, sino también por sus excelentes cualidades canoras. Se diferencia de otros *Carduelis* por el pico más grueso. Su plumaje es amarillo brillante en la cabeza, cuello y vientre. La parte superior de la cabeza, por encima del ojo, es de color negro. Alas y cola también son negras, y el tercio basal es de un amarillo muy luminoso. El dimorfismo sexual es muy evidente. El macho es quien presenta mayor atractivo por su plumaje contrastante, en cambio la hembra, sin negro en la cabeza, posee colores más pálidos y el amarillo se transforma en verde amarillento (Phelps Jr. y Meyer de Schauensee 1979, Ridgely y Tudor 1989, Robbins et al. 2003).

”Su distribución es bastante misteriosa y existen grandes vacíos de información al respecto. En apariencia es amplia en el este de Brasil, desde Ceará hasta Bahía, y unas pocas localidades al norte de Venezuela, separadas por más de 3500 km de las áreas en Brasil. Las localidades venezolanas están limitadas a la Hacienda El Trompillo, en las cercanías del lago de Valencia, y la Hacienda La Araguata en Pirapira, ambas al sureste de Carabobo. Sin embargo, se especula que podría tratarse de individuos escapados de cautiverio. De igual forma, varios criadores de aves reportan otras zonas, incluyendo una localidad al sur de Carabobo y dos localidades del oriente del país, en específico al oeste del estado Monagas, pero esta información no ha sido corroborada. En su distribución de Brasil frecuenta terrenos abiertos y áreas cultivadas. Antes la especie fue denominada como *Spinus yarrellii* (Phelps Jr. y Meyer de Schauensee 1979, Ridgely y Tudor 1989, Collar et al. 1992, Robbins et al. 2003).”

<http://animalesamenazados.provita.org.ve/content/jilguero-cara-amarilla>
(Consultado: mayo de 2017)

La voz poética se dirige de nuevo al sol (primer oyente lírico que envuelve el paisaje en metáforas ligas al motivo clásico [cfr. Nava, 1996; Cuevas, 2002]), para que, cuando la aurora disuelva la noche, le permita visualizar la naturaleza encantadora, los sembradíos en sazón y los ganados por el campo, y "...a los sencillos labradores / patriarcas de la sierra..." que se preparan para la labor honesta (i.e. los sujetos de la representación social agraria). Después, desea contemplar a esos labradores en sus "rústicas faenas", bendecidas por Dios, para cultivar los campos, que darán su fruto; imaginando ver "...cruzar a la rubia Ceres / diosa de los sembrados bella madre / de los campestres, lícitos amores." Ceres, la Agricultura pasa a primer plano del discurso; rememorando ello la invocación bellista virgiliana, concretada en el afecto por *el terruño patrio*; en la praxis de una moral sin concesiones; en la alianza campesina con la Providencia; y en asumir la ciudadanía que le ofrece el Estado republicano. Pero la invocación en "El Campo" de Urdaneta, si bien es bellista, amplía su horizonte: *la agricultura es la madre de la civilización occidental*. La Agricultura conjura la guerra e instaura la paz política, permite que se desarrollen las ciencias, ordena el calendario campesino, propicia el agro y el comercio, e incentiva la moral. Como valor añadido, crea el ambiente para obtener la paz espiritual. El progreso moderno, la ética, el mundo pacificado, una economía agraria próspera y el ascetismo se coaligan, gracias a la acción redentora de la Agricultura.

En seguida, enumera varios poetas de la Roma de Augusto: a Virgilio, el educador por antonomasia en las técnicas agrícolas; Teócrito, cuyos versos ensalzan a pastores que van "...tras de errantes rebaños, venturosos / cantando sus amores..."; y a Horacio loando la vida campestre. También alude a poetas románticos (Petrarca y Torcuato Tasso), del Siglo de Oro español (Fernando de Herrera, Fray Luis de León y Garcilaso de la Vega) y del Neoclasicismo (Juan Meléndez Valdés), que inscriben sus obras en el mundo agrario, cerrando ese elenco: Andrés Bello, el cantor de *La Agricultura de la zona tórrida* (Díaz, 2012, pp. 398-400). Si la Agricultura propició la obra de esos clásicos occidentales, también fomentó en la Grecia antigua la tragedia helena (vv. 207-210):

También de los sembrados
la Tragedia nació: fueron su adorno
primero los festones de la viñas;
su concurso las gentes del contorno;
y su escena los prados;
y sus cetros las palmas y cayados.

El emisor lírico, dirigiéndose otra vez al sol, le señala que ni en el Olimpo ni en los palacios ha sido feliz sino al divagar por las campiñas. Pero el campo, subraya la voz poética, no es solo un prado de hermosura ni suelo fértil para los sembradíos, es el ámbito donde se puede conquistar la paz del espíritu y el dominio interior.

d) Poemas positivistas, sobre la guerra civil y los labradores:

En la década de 1860, el Positivismo se conoce en a Venezuela. La poesía sufre el impacto de esa novel visión científica. Poemas como "Mi Ofrenda" de Heraclio Martín de la Guardia, "La Ciencia" de Amenodoro Urdaneta y los del certamen: "La Libertad del Viejo Mundo" (1869), plantearon que la ciencia positivista era la aliada que faltaba para consolidar la República y el progreso agrario. Gracias al Positivismo, se mejorarían las técnicas agrícolas, se construirían ferrocarriles para sacar de una manera más rápida y eficiente las cosechas, a ser llevadas a otros países por buques mercantes, impulsados por la máquina a vapor.

En ese tiempo, se ahonda el discurso anti-caudillista, iniciado por José Antonio Maitín en "El Hogar campestre". El caudillo es denunciado otra vez como el enemigo

de la República. Caudillo que alienta violenta e ilegalmente la recluta, como lo dicen las piezas líricas: “La recluta” de Heraclio Martín de la Guardia y Elías Calixto Pompa; y la contienda fratricida como la describe “La Guerra civil” de José Antonio Arvelo. El caudillo desgaja al campesino de su tierra, destruye su familia; permite el pillaje en el campo; hiere gravemente a las instituciones republicanas y entroniza su poder personal, discrecional y autoritario.

No obstante, los poetas de esa época, a pesar de esa realidad nacional adversa, siguen encumbrando al campesino como el sujeto idóneo de la representación social agraria de la Venezuela decimonónica: en sus manos encallecidas por el arado está el futuro esperanzador de la nación. Esos labradores son los que redimen el campo de la devastación sufrida por la guerra, mediante una agricultura hacendosa.

Conclusiones:

La representación social agraria de la Venezuela decimonona tiene los elementos telúricos del imaginario agrario; superpuestos en una gradación ascendente: 1.- *el agua* como fuente vital; 2.- *el paisaje natural*; 3.- *la fecundidad* de la tierra; y 4.- *y el sol*. Pero esos componentes telúricos se interrelacionan con los de los imaginarios: político, social, cultural, moral, económico, religioso...

Como vimos, el imaginario caribeño-amazónico nos legó *el agua* como imagen total con sentidos: mítico, tribal, fecundador y religioso. Sin este componente basal no habría imaginario agrario, ni sus representaciones sociales en la historia. No es casual que pueblos agrarios esperen, según su realidad geográfica, histórica y cultural, sean proveídos por el agua de la lluvia, de las fuentes gélidas de las cumbres, de las nacientes de los bosques, del cauce de los ríos o riachuelos, de los monzones, las minas acuíferas subterráneas, de las represas hechas por el hombre, etc.

Luego con la expansión europea hacia occidente un nuevo imaginario se abre con Colón, al paisaje de la desembocadura del Orinoco, lo bautizó: “Tierra de Gracia”. Pero, ese apelativo, según el cristianismo, no implica recuperar el paraíso adánico, perdido irremisiblemente, sino la creación de un Edén mejor que el primero, por medio de la redención de Jesús. Pero esa “Tierra de Gracia” no es aún ese novel jardín celeste, sino una geografía de gentiles con posibilidad de serlo, con una potencialidad religiosa, política y económica.

Una representación social agraria supone *una visión del paisaje geográfico*. Para los caribeño-amazónicos, sociedades no agrarias, la tierra era la madre que proveía de comida e insumos para la vida humana. Después vino el paisaje exuberante, antesala para la Provincia agropecuaria y el amor por *el terruño patrio* o *el lar nativo* en la Capitanía General de Venezuela.

En otras sociedades agrarias modernas tenemos la mirada pragmática del paisaje para desarrollar una agricultura industrial como los sembradíos de la soja a gran escala en Argentina, y las plantaciones de maíz al sur de los Estados Unidos; el paisaje yermo a transformarse en un campo cultivable, como el caso del Israel actual; a una geografía adaptada a cultivos que por naturaleza no le son propios (sembradíos en invernaderos o por procesos técnicos como se hace en Europa), al paisaje que se siembra respetando, o dañando, su ecosistema, etc.

Correspondió al Joven Andrés Bello en el *Resumen de la Historia de Venezuela*, como se expuso, establecer y examinar por primera vez la importancia de los elementos económicos de la representación social agraria de la entonces Capitanía General. Deja en claro que la labor agraria supone en el campesino una mentalidad en

la que el trabajo arduo y perseverante, aunado a una entrega total a la tierra que se labra, es el norte para obtener una riqueza estable y duradera. Cualquier otra mentalidad que conlleve a una riqueza súbita y fácil, por ende, volátil y efímera, atenta mortalmente contra cualquier proyecto agrario. Las fuentes de esa riqueza sin esfuerzo, son múltiples: en nuestro caso, la ambición por el oro que alentó el mito de *El Dorado*; el pillaje, el abigeato y la depredación de los cultivos que propiciaron los caudillos; los intereses a usura con que se gravaban los créditos del agro; la renta petrolera que desalentara el trabajo tesonero y honrado; etc.

Por otro lado, cualquier gestión agrícola implica una concepción jurídica de la tenencia de la tierra como propiedad privada, esa propiedad subordinada a una hipoteca social, “la tierra es para quien la trabaja”, la propiedad social, etc. También, el agro exige la expansión de los campos cultivables. Igualmente se debe saber con claridad el destino de las cosechas: si son para consumo interno o la exportación. Si se fomenta el libre mercado o se acude a una producción protegida o controlada.

En las dos silvas americanas de Andrés Bello, el proyecto agrario se postula bajo el cartabón del progreso moderno: la actividad agrícola supone del mismo modo un desarrollo moral, político y religioso al unísono y en armonía del Estado-nación. La agricultura no es mera labor económica, al estilo del *capitalismo salvaje* o *de Estado*. Debe propiciar paralelamente la mejora de los demás ámbitos de la sociedad. La poesía agraria nacional (1830-1870), por su parte, asume el programa bellista de *La agricultura de la zona tórrida*, enriqueciendo varias de sus propuestas e introduciendo otras. Amplía la contemplación asombrada por la belleza del paisaje (*la exuberancia*); ahonda su amor por el campo (*la afectividad*); profundiza su discurso anti-caudillista; promueve un Estado republicano mejor al de la Revolución francesa; destaca a la agricultura como la madre de la civilización occidental; resalta al campo como el lugar de la paz espiritual y del dominio interior; convierte a la ciencia positivista en la aliada imprescindible del agro venezolano; entroniza a la familia campesina como núcleo social; y al labrador, el redentor de nuestra nación decimonona.

En el último tercio del siglo XIX e inicios del XX, las letras siguen planteando los temas conflictivos de la representación social agraria venezolana, como el caudillo, la recluta, la guerra civil, la búsqueda de una agricultura progresista, y el vicio de las élites de poder. Las novelas: *Zárate* (1882) de Eduardo Blanco, *Peonía* (1890) de Romero García, *El sargento Felipe* (1899) de Picón Febres y *En este país...* (1920) de Urbaneja Achelpohl, reasumen de manera no menos dramática la temática agraria. La poesía no se queda atrás, *La Silva criolla* (1907) de Lazo Martí propone su representación social pecuaria de la Venezuela inter-secular. Comprender a cabalidad la representación social agraria nacional decimonónica es la condición *sine qua non* para elucidar la irrupción explosiva de la Venezuela petrolera desde 1920, la fallida Venezuela industrial entre las décadas del 50 y 80 del siglo pasado, y la Venezuela de las nuevas tecnologías, que vive atormentada por los fantasmas de su imaginario agrario cuyo peso ligado al pasado envuelve una poética y un espacio promisorio aún por desarrollarse. Tarea que urge realizar hoy cuando, en medio de una grave crisis política, social, cultural y espiritual se impone el populismo y el anti-progreso, que pretende inocular el desencanto y la desesperanza tanto individual como colectiva.

**REPRESENTACIÓN SOCIAL AGRARIA
DE
LA AGRICULTURA DE LA ZONA TÓRRIDA**

REPRESENTACIÓN SOCIAL AGRARIA

SUJETO CAMPESINO AMERICANO

Alianza con la Providencia
-Para sanar las heridas de la guerra
-para proteger de la sequía, inundación...

Proyecto agrícola audaz
(Opuesto a la Revolución industrial)
(No a ciertos postulados
de la fisiocracia europea)

Estado moderno campesino
(Adverso al sistema colonial)

Moral escolástica campesina
(Opuesto a la inmoralidad citadina)

Terruño patrio, lar nativo...
(Afectividad por el campo)

Elementos telúricos:

Sol —————> luz tropical
Fecundidad —> Tierra feraz
Paisaje —————> exuberante
Agua —————> fuente vital

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

- BELLO, A. (1981 *a*). *Poesías*. Tomo I. En *Obras Completas*. Segunda Edición Facsimilar. Caracas: Fundación La Casa de Bello.
- _____ (1981 *b*). *Prospecto para una guía universal de forasteros. Resumen de la Historia de Venezuela*. En *Temas de Historia y Geografía*. Tomo XXIII. *Obras Completas* de Andrés Bello. Primera Edición, Ministerio de Educación, 1962. Segunda Edición Facsimilar. Caracas: Fundación La Casa de Bello.

Marco Aurelio Ramírez Vivas

- CASTORIADIS, C. (1983). *Marxismo y teoría revolucionaria*, Tomo 1, Barcelona: Tusquets, Acracia, 33
- _____ (1989). *El imaginario social y la institución*, Tomo 2, Barcelona: Tusquets, Acracia, 34
- CUEVAS QUINTERO; L. M. (2012), *Como el río que fluye: Experiencia de lugares, saber e imaginación geográfica en el discurso jesuita sobre la Orinoquia en el siglo XVIII* (Tesis de Maestría), Universidad Iberoamericana, México.
- _____ (2002). “Formas de apropiación del mundo antiguo en Venezuela. Símbolos y figuras clásicas en el imaginario nacional del siglo XIX”, Caracas: *Montalbán*, No. 35, Instituto De Investigaciones Históricas De La Universidad Católica Andrés Bello.
- DÍAZ, L. (edición, comentario y notas) de “El Campo” de Amenodoro Urdaneta, en “José María Rojas. *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos (1875)* (2012). (Primer avance de su edición comentada y anotada). Coordinador de la edición: Marco Aurelio Ramírez Vivas. Mérida [Venezuela]: Universidad de Los Andes. Vicerrectorado Administrativo. Talleres Gráficos Universitarios.
- OVIDEO Y BAÑOS, J. (1967). *Historia de la Conquista y Población de La Provincia de Venezuela*. Reproducción facsimilar de la edición hecha por Domingo Navas Spínola, en Caracas 1824. Homenaje al cuatricentenario de la fundación de Caracas.
- [MAITÍN, J. A.] (1851). *Obras poéticas de J. A. Maitín*. Caracas: Almacén de José María Rojas.
- NAVA, M. (1996), *Envuelto en el manto de Iris*. Tradición clásica y literatura venezolana de la Emancipación. Mérida: CDCHT, Universidad de Los Andes.
- RAMÍREZ VIVAS, M. A. (2010): “Albores de la Independencia: emergencia del Americanismo telúrico en la lírica criolla colonial (1798-1805)”. En C. H. Carrasquel J. y L. M. Cuevas Quintero (compiladores). *Al otro lado del imperio. Nueve miradas en torno a la crisis colonial*. Mérida. Venezuela: Universidad de Los Andes, Consejo de Publicaciones.
- _____ (2003): “El paisaje agrícola y pecuario en la *Historia de la Conquista y Población de la Provincia de Venezuela* de José Oviedo y Baños”. En Grupo de Investigaciones en Arte Latinoamericano: *El paisaje: Memoria Cultural de Venezuela, 1498-1811*. Mérida. Venezuela: Universidad de Los Andes. Consejo de Desarrollo Científico, Humanístico y Tecnológico. Facultad de Humanidades y Educación.
- RIVAS AGUILAR, R. (sf.): “*Andrés Bello: La Economía y su Concepción sobre el Estado*”. (Inédito). Mérida. Venezuela: Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad de Los Andes, Mérida.
- RODRÍGUEZ CARUCCI, A. (2001). “Tierra de Gracia: el Paraíso Terrenal en el discurso mítico-colombino del tercer viaje (1498)” en *Sueños Originarios*, (De Amalivacá al Paraíso). Mérida, Venezuela: Ediciones Mucuglifo. Dirección de Literatura del CONAC, pp. 57-81.
- ROJAS, J. M. (1975). *Biblioteca de escritores venezolanos contemporáneos [1875]*. Prólogo: Manuel Alfredo Rodríguez [en 10 páginas sin foliación]. Caracas: Edición facsimilar del Concejo Municipal del Distrito Federal.